

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Alexander von Humboldt,
científico franco-prusiano

Autor: Richard, Lionel

Forma sugerida de citar: Richard, L. (1999).
Alexander von Humboldt,
científico franco-prusiano.
Cuadernos Americanos, 4(76),
71-90.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 76, (julio-agosto de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Alexander von Humboldt, científico franco-prusiano

Por Lionel RICHARD
Université de Besançon

ANTE TODO, quisiera señalar brevemente lo que representa hoy Alexander von Humboldt en Francia. Fuera de algunos artículos que le fueron consagrados hace unas décadas, el conocimiento que tiene el público francés de su obra se apoya principalmente en los trabajos de Charles Minguet relativos a la América española: además de su tesis que fue publicada en 1969,¹ Minguet reunió en 1980, en dos volúmenes, una selección de escritos de Humboldt sobre su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. En colaboración con Jean-Paul Duviols fue también autor de un folleto de divulgación que apareció en 1994,² el cual sintetiza el itinerario intelectual de Humboldt. La América hispánica se halla ahí claramente privilegiada y Humboldt aparece ante todo como un explorador, especialmente como el explorador del Nuevo Mundo.

Humboldt el explorador, tal es, por otra parte, el título de una biografía, la única escrita en francés, publicada en 1985 por el novelista Pierre Gascar. Los viajes de Humboldt están ahí abundantemente evocados y Gascar reseña con atención observaciones geográficas, etnológicas y antropológicas de Humboldt. Por un lado, esta biografía es de una originalidad singular: no porque Gascar considere a Humboldt homosexual —la idea ya había sido propuesta— sino porque piensa que la novedad de la visión antropológica de Humboldt se basa en “tendencias íntimas”, tendencias reprimidas, paralizadas por “interdicciones morales aparentemente imposibles de transgredir”.

Según Gascar, lo que Humboldt reconocía muy bien era la presencia, “entre todos los primitivos” de la “primacía de lo irracio-

¹ Charles Minguet, *Alexandre de Humboldt, historien et géographe de l'Amérique espagnole, 1799-1804*, Paris, Maspéro, 1969 [trad. esp. México, UNAM, 1985], *Alexandre de Humboldt, Voyages dans l'Amérique équinoxiale*, Paris, FMLA Découverte, 1980, 2 tomos, tomo 1. *Itinéraire*, tomo 2. *Tableaux de la nature et des hommes*

² Jean-Paul Duviols y Charles Minguet, *Humboldt savant-citoyen du monde*, Paris, Gallimard, 1994 (Coll. *Découvertes*)

nal”, mientras que el siglo XVIII había imaginado al “salvaje como un retrasado, que aún no había accedido al razonamiento”. ¿Por qué? ¿Debido a su homosexualidad?:

Para admitir lo irracional, que el siglo XVIII rechazaba, se limitaban a atribuir al salvaje un pensamiento reducido, infantil, era necesario quizás un hombre que, como Alexander, se sintiera en ciertos terrenos, más precisamente en el de la afectividad y la sensualidad, sometido a impulsos que no están en la lógica de la naturaleza y chocan con la razón. Como muchos otros comportamientos eróticos, la homosexualidad trasunta una libertad exterior y, por consiguiente anterior, al pensamiento construido y puede predisponer a la comprensión de ciertos inventos del hombre primitivo, para el cual la vida aún no tiene reglas. En otros términos, Alexander acepta a los indios en la medida que, sin saberlo, busca en ellos la imagen de su inocencia...³

Por otro lado, Carolina, la esposa de su hermano Wilhelm, habría adivinado la “extrañeza” de su cuñado, y cuando éste se queja en París del poco dinero de que dispone, imagina perfectamente, nos dice Gascar, en qué tristes aventuras lo gasta. Al final de su vida Humboldt, siempre de acuerdo con Gascar, debe soportar “la hosquedad de la Corte” y esta hosquedad es la de una sociedad que termina por sospechar la verdad sobre su naturaleza íntima: “Ahora que la edad lo había desarmado, la sociedad toma su venganza, cortándole la palabra, humillándolo, remitiéndolo a sus tristes pasiones, que ahora nadie ignora y que, aunque ya muy inocentes, adquieren en un octogenario un carácter muy caricaturesco”.⁴

Pero ¿cómo era percibido Humboldt en la sociedad francesa del siglo XIX? En 1864, en su ensayo *William Shakespeare*, Victor Hugo, que va levantando para cada pueblo el catálogo de los genios, enumera los nombres de quienes, según él, han alimentado a Alemania desde el alba de la Edad Media. En la “bruma sagrada donde muere el espíritu alemán”, dice, Lutero introduce el libre examen, Durero el arte. Fichte la metafísica, Kant la filosofía, Herder la estética, Hegel la duda. Tenemos aquí algunas de las ricas personalidades alemanas que, entre otras, Hugo levanta sobre un pedestal. ¿Y Humboldt? También él figura en la lista. Es considerado quien emblemáticamente aportó al “genio germánico” el “espíritu del descubrimiento”.

³ Pierre Gascar, *Humboldt l'explorateur*. París, Gallimard, 1985, pp. 107-108. Los puntos suspensivos son de Pierre Gascar

⁴ *Ibid.*, p. 203.

Que Hugo, para justificar sus opiniones entusiastas pero más bien fantásticas, otorgue a Humboldt un lugar pegándole una etiqueta simplificadora, merece estudiarse. Lo que su generación conoció de Humboldt fue, esencialmente, la publicación en París, entre 1805 y 1839, de los volúmenes de su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. La imagen que se impuso de Humboldt en Francia es la del explorador, en detrimento de lo que había sido realmente, un hombre de ciencia. Cuando volvió en 1827 a Berlín, Humboldt pudo haber pasado unos veinte años seguidos en París, pero no por eso era para la mayoría de los franceses, para retomar los términos del famoso *Dictionnaire des contemporains* de Vapereau, más que un “ilustre naturalista alemán”. Un poco más tarde, la célebre enciclopedia de Larive y Fleury lo define como un “científico naturalista y viajero prusiano que visitó la América española de 1799 a 1804”.

¿Alemán o prusiano, Humboldt? Con referencia a sus orígenes, a su educación en Berlín, a su formación intelectual en las universidades de Francfort del Oder y de Gotinga y en la Academia de Minas de Freiberg, el calificativo es correcto. Él mismo siempre habló de Prusia como su “patria”. Gracias a su nacimiento aristocrático en Berlín —él lo reconoció— todos los soberanos de Prusia le prestaron sin cesar su favor y su ayuda, aun cuando no estaban de acuerdo con sus opiniones. En 1805, escribió en un esbozo autobiográfico que ese honor le fue conferido no tanto por su propio mérito cuanto por el de su padre, que gozó “hasta la muerte, de la confianza más distinguida” de Federico el Grande.⁵

Fue por servicios a la “patria” que Federico Guillermo III, incluso antes de conocerlo personalmente, responde favorablemente a su demanda de permanecer un tiempo en París, luego en Italia, tras su regreso de América, e incluso le otorga una asignación anual. Lo admira, como le escribe el 25 de septiembre de 1804, por haber realizado, por amor a la ciencia, un viaje cuya gloria recae sobre Prusia. Agradeciéndole por proponer una parte de sus colecciones de piedras para el gabinete mineralógico de Berlín y por enriquecer el jardín botánico con plantas raras, lo alienta a probar de esta forma cuánto ama indiscutiblemente a su “patria”.

⁵ Esas páginas autobiográficas datan de 1798 y se encuentran en *Lettres américaines d'Alexandre de Humboldt (1798-1807)*, précédées d'une Notice de J.-C. Delamétherie et suivies d'un choix de documents en partie inédits, publiées avec une introduction et des notes par le dr E.-T. Hamy, Paris, E. Guilmoto, 1905, pp 219-223. p. 221

Un eminente especialista francés sobre Napoleón, Jean Tulard, contrasta la “somnolencia de Francia” con la “gigantesca ebullición intelectual” que según él existía en Alemania a fines de 1812, en el momento del desastre del ejército napoleónico en Rusia. Con ello retoma, lamentablemente sin distancia crítica, la opinión de Madame de Staël, la cual consideraba que el espíritu francés había sido ahogado por la dictadura de Napoleón. En los ejemplos que da de la actividad intelectual en Alemania, es más bien extraño ver que cita a Alexander von Humboldt, ya que este último se encontraba precisamente en París, y que es en París que sus descubrimientos científicos fueron, en lo esencial, publicados y reconocidos primero. Tulard escribe: “Wilhelm von Humboldt crea la filología comparada, Niebuhr escribe su gran historia de Roma, Hegel medita en su *Fenomenología*, Alexander von Humboldt funda la geografía como ‘síntesis del mundo’ y Savigny ‘renueva los estudios históricos por el derecho’”.⁶

Semejante alusión a nuestro personaje y a su obra dice mucho del desconocimiento en el que ha caído hoy en Francia. En ocasión del centenario del nacimiento de Humboldt, el científico de origen suizo Louis Agassiz, que había emigrado a los Estados Unidos, le rindió un homenaje en Boston. El cuadro que esboza es mucho más cercano a la verdad histórica. Hay que subrayar que Agassiz había podido proseguir sus estudios gracias a la ayuda financiera de Humboldt. En 1804, cuando Humboldt y Aimé Bonpland vuelven de América, e incluso después, la irradiación intelectual de París no tiene rival en el mundo:

Tenía lugar entonces en el seno de la gran capital ---explica Agassiz un periodo de brillo para las letras, las ciencias y la política. La República existía aún; las convulsiones de la Revolución habían cesado y la reacción hacia las ideas monárquicas apenas empezaba [...] El joven viajero llevaba tesoros inestimables, incluso para hombres que habían encanecido en la investigación científica; fue bienvenido por todos. Se estableció en ese gran foco de vida intelectual y social, y pasó la mayor parte de los años siguientes, hasta 1827, asistiendo así a los días más brillantes del Consulado, al nacimiento y a la caída del Imperio, y a la restauración de los Borbones. Se aseguró la cooperación y la colaboración de los hombres más distinguidos de esa época, y se consagró enteramente a la publicación de los resultados de su viaje. Cuvier, Latreille, Valenciennes trabajaron en sus colecciones zoológicas, Bonpland y Kunth pusieron en valor sus rique-

⁶ Jean Tulard, *Le Grand Empire 1804-1815*, Paris, Albin Michel, 1982, p. 268.

zas botánicas, Oltmanns se encargó de la redacción de sus observaciones astronómicas y barométricas y él en persona, junto con Gay-Lussac y Provençal, hizo sobre la respiración de los peces y sobre la constitución química del agua, investigaciones que todavía marcan los anales de la química.⁷

La recompensa que obtuvo Humboldt en París fue ser reconocido por la comunidad científica francesa, la más competente de Europa, como quien había contribuido al “avance de las ciencias”. Después de haber enviado al Museo de Historia Natural, por intermedio del zoólogo Georges Cuvier, unos “dientes de elefante fósil”, recibió una carta datada el 31 de octubre de 1804, firmada por científicos que validan la calidad de sus trabajos:

Los amigos de las ciencias fijan con interés su mirada en usted; ¿qué no habría esperar de un hombre que hizo tan grandes cosas a una edad en la que generalmente no se ofrecen sino esperanzas? Otro habría podido intentar la misma empresa, pero para llegar a los mismos resultados hacían falta conocimientos extensos, talentos extraordinarios y esa valentía, ese ardor de descubrimientos que le hizo vencer todo obstáculo.⁸

El 18 de diciembre de 1804 Humboldt propone al Museo acoger “un herbario de más de seis mil muestras, que son otras tantas especies diferentes, contenidos en cuarenta y cinco cajas”.⁹ En su informe favorable, la comisión de científicos, entre los que se contaban en primer lugar Jussieu, Lamarck y Desfontaines, recuerda que Humboldt es el autor de trabajos “sobre diversas ciencias, que un mismo hombre difícilmente puede abarcar a la vez” y augura que “esas nuevas riquezas botánicas” acrecienten “cada vez más el campo de la ciencia”. Por iniciativa de Humboldt, recomienda que se otorgue una pensión anual a Bonpland. Son propuestas aceptadas por un decreto imperial de Napoleón del 13 de marzo de 1804.¹⁰

Dado este éxito en París ante los científicos del Instituto Nacional, es decir la Academia de Ciencias, la intención de Humboldt, como muestran las cartas a su hermano Wilhelm, es entonces establecerse definitivamente en la capital francesa. Desgraciadamente su fortuna se ha hundido, ya que había pagado de su bolsillo la expedición con Bonpland. Si quiere proseguir sus trabajos, es ne-

⁷ Louis Agassiz. *Revue des cours scientifiques de la France et de l'étranger*, n. 13, 18 de diciembre de 1869, pp. 36-37.

⁸ En *Lettres américaines*, p. 229.

⁹ *Ibid.*, p. 276.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 231-233.

cesario que se asegure una independencia financiera. Es por esto que, en vez de aceptar una cátedra en la Universidad de Berlín, que lo encadenaría, prefiere beneficiarse de una renta otorgada por el rey Federico Guillermo III, con la autorización de proseguir sus trabajos en París.

Así es que Humboldt va a contraer una doble deuda con la monarquía prusiana. La primera es moral, lo cual, públicamente, lo paraliza en la expresión de sus desacuerdos políticos. La segunda pone en juego dinero contante y sonante. Acción altamente simbólica: en marzo de 1857, a demanda suya, ya que necesita, al sentirse cercano a la muerte, tener el espíritu tranquilo frente a sus herederos, es el rey de Prusia Federico Guillermo IV quien arregla su descubierto en el banco.

Cuando, después de nueve años de ausencia, reencuentra Berlín en noviembre de 1805, tiene derecho a los honores, pero se siente mal hasta que puede volver a París. En una carta a Cuvier, del 11 del 24 de diciembre de 1805, describe su situación en Berlín, en el seno de su "patria", como precisa, y su nostalgia de la actividad intelectual francesa.¹¹ Después de haber estado indispuerto por una enfermedad parecida a la rubiola retoma el trabajo: "Pero, ¡hay! mi digno y respetable amigo, ¿qué diré de la impresión que me causa este mundo literario, esta Academia, después de haber vivido tanto tiempo en París y en medio de vosotros? Es el paso de la vida a la muerte. ¡Qué público, qué falta de interés, qué triste y tediosa taciturnidad!". Las ciencias, dice a Cuvier, no suscitan ninguna curiosidad en los medios intelectuales prusianos, y tiene la impresión de hallarse en el "desierto". "No hay más que tres hombres aquí con un vivo interés por el progreso de los conocimientos humanos, Klaproth, Tralles y Willdenow. Nos consolamos mutuamente y nos preguntamos si es necesario que esto siga así".¹²

Después de la derrota de Prusia en Jena, el ejército francés entra a Berlín el 5 de octubre de 1806. Humboldt hace de intercesor entre sus compatriotas y las tropas de ocupación en el curso de los meses siguientes. Esta ocupación por los ejércitos napoleónicos es muy dura: un año después, Berlín conoce el desabasto, va-

¹¹ Carta a Cuvier del 24 de diciembre de 1805, en *Lettres américaines*, pp. 201-204.

¹² Carta a M. A. Pictet del 3 de enero de 1806, en *Lettres américaines*, p. 204. La misma apreciación de Berlín en una carta a Karoline von Wolzogen del 14 de mayo de 1806, en Karl Bruhns, *Alexander von Humboldt*, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1872, tomo 1, pp. 417-418.

rias aldeas habían sido quemadas, millares de familias vivían en la miseria. Todo lo que es francés atrae ya entonces en Alemania, como Humboldt indicaba a Cuvier a finales de 1805, “cierto furor”, de manera que “casi no se osa decir en voz alta lo que se piensa interiormente”. Es de esta época, no lo olvidemos, que data el nacimiento de un nacionalismo alemán violentamente combativo.

Como francófilo y demócrata, Humboldt sufre por no poder adecuarse a esta situación. Tanto más que se había esparcido la fábula en Berlín que él se había “afrancesado” hasta renegar de lo alemán.¹³ Corría el rumor que no escribía sus libros en alemán sino en francés, y que luego los hacía traducir. Además las relaciones postales son perturbadas y se siente cortado de lo que ha emprendido en París, es decir la publicación de sus obras. No tiene noticia de su editor parisino, Schoell. Frente a “un silencio tan cruel” solicita la intervención de Cuvier ante el editor.¹⁴

A fines de 1807 regresa temporalmente a París, como miembro de la misión diplomática prusiana encargada de discutir el monto de las reparaciones de guerra exigidas por Francia. Y en enero de 1808 está de nuevo en su universo parisino. Sin dinero, comparte la habitación amueblada de su amigo el físico y químico Louis-Joseph Gay-Lussac, cerca de la Escuela Politécnica. Las propiedades de los hermanos Humboldt han sido, en efecto, secuestradas por el gobierno del Granducado de Varsovia, establecido por iniciativa de Napoleón después de la derrota de Prusia. Llega a vivir gastando sólo cuarenta centavos por día, siendo su mayor lujo un café negro por la mañana. Para financiar la realización de sus obras sobre la América española, toma prestado a los bancos parisinos a una tasa de 12%, muy elevada para la época.

En 1809 entabla una amistad sólida y duradera con el joven físico François Arago, con el cual va a compartir las convicciones científicas y políticas. Por el contrario, con el escritor y diplomático François-René de Chateaubriand sus relaciones van a ser más sociales que realmente amistosas. En sus recuerdos, Mme. de Chateaubriand evoca a Humboldt, a quien contaba entre los “más fieles *habitués*” de sus recepciones. Uno de ellos, el barón de Frénilly, ve en él a un personaje “con una redondez muy alemana, que no

¹³ Cf. la carta a Friedländer del 16 de febrero de 1805, en Bruhns. *Alexander von Humboldt*, tomo 1, pp. 407-408. Pero Humboldt está lo suficientemente orgulloso de su patria, señala, como para escribir en alemán, por malo que sea su alemán.

¹⁴ Carta a Cuvier del 24 de diciembre de 1805, en *Lettres américaines*, p. 204.

hablaba nunca cuando lo dejaban callar, y que no se callaba cuando lo dejaban hablar".¹⁵

Por intermedio de Chateaubriand, conoció al historiador liberal François Guizot. Y más tarde, alrededor de 1820, asiduo de las veladas del sábado en casa de Cuvier, en su casa del Museo, reencuentra a escritores como Merimée, Stendhal, Vigny. Frecuenta los famosos salones de Madame Récamier y del pintor Gérard. Stendhal ironiza sobre este costado mundano y conciliador de Humboldt, en una de sus crónicas del *New Monthly Magazine*: "M. de Humboldt, que puede pasar por francés, tiene también el mayor cuidado por no proferir más que opiniones agradables a los partidos en el poder".

A fines de marzo de 1814, las fuerzas europeas coaligadas contra Napoleón ocupan París y las tropas prusianas de Federico Guillermo III sientan sus cuarteles en el Museo de Historia Natural. ¡Confusión de Cuvier, que dirige el Jardín de Plantas! Ruega a Humboldt que intervenga y éste va a verse con el comandante de la plaza, el general Von Goltz, que da la orden de liberar el Museo de toda ocupación militar. Los servicios de la intendencia prusiana son encargados, además, de asegurar la alimentación de los animales.

Pero ¿cómo se desarrolla la existencia de Humboldt en París cuando no hay recepciones? En la mayor sencillez, vive exclusivamente para la ciencia. Le sacrifica todo. Poco importa su apariencia exterior. Está vestido con un traje de moda bajo el Directorio: botas con dobladillo, que era el único en llevar ya, un pantalón a rayas, un vestido azul con botones dorados sobre un chaleco amarillo, una corbata blanca, un sombrero de ala ancha negro y gastado. Poco le importa también la comodidad. Grande es el asombro del joven químico Jean-Baptiste Boussingault cuando lo visita en 1820. Descubre que el científico, que es chambelán del rey de Prusia, vive en el cuarto piso de un inmueble que da al Sena, casi enfrente del Palacio de la Moneda, en un departamento de dos ambientes. Humboldt dispone de una minúscula habitación con una cama sin cortinas y de un gabinete de trabajo. Como muebles, cuatro sillas de paja y una gran mesa de pino en la cual escribe. En la madera de esta mesa ha tallado todo tipo de signos matemáticos, y la da a cepillar a un carpintero cuando está demasiado labrada.¹⁶

¹⁵ François René de Chateaubriand, *Mémoires d'Outre-Tombe*, 3 volúmenes, Paris, Flammarion, 1948, tomo 3, p. 66, y *Souvenirs du baron de Frénilly, pair de France (1768-1828)*, Paris, Plon, 1909, p. 278

¹⁶ Cf. "Notes sur Alexandre de Humboldt", por J.-B. Boussingault, en *Lettres améri-*

Sus cartas o notas a sus correspondientes franceses son innumerables. Generalmente las firma *A. Humboldt*. A veces simplemente *Humboldt*. Y muy rara vez *Alexandre de Humboldt*. En cuanto a sus comunicaciones en las sociedades científicas y sus libros, todos tienen como autor *Alexandre de Humboldt*. En ocasiones, este nombre está precedido del título de “barón”. En las “confesiones” que redacta en 1805 y que envía al profesor suizo M. A. Pictet el 3 de enero de 1806, para una nota biográfica que le iba a ser consagrada, señala: “Hablando de mí, me gustaría que dijera simplemente *M. Humboldt*, o como mucho *M. Alexandre Humboldt*”.¹⁷

Como hemos visto, Humboldt no es un científico árido, cerrado en sus investigaciones. Cultiva las relaciones sociales. Los agradecimientos o excusas que envía a sus huéspedes manifiestan un sentido agudo del *savoir-vivre* y de la cortesía. A Mme. Biot, esposa del astrónomo Jean-Baptiste Biot, que se preocupa por saber si puede contar con su presencia en una de sus recepciones, responde con humor y galantería: “Usted no tiene entonces una justa confianza en su influencia y en mi docilidad. ¡Me cree usted capaz de estar enfermo el viernes cuando tenemos todo el resto de la semana a disposición y en un clima tan favorable a la salud!”¹⁸

Otra vez, al rogar a la familia Biot excusarlo por no poder aceptar su invitación, tiene el cuidado de justificarse haciendo entender que es un hombre de honor y nunca falta a la palabra dada. Si se ve obligado a rehusar, explica, es porque ya ha prometido “pasar la velada con M. de la Fayette, que acaba de llegar del campo”, y que sólo permanecerá poco tiempo en París.¹⁹

Así se la pasa en la capital francesa, entre las comunicaciones ante las sociedades científicas, los trabajos junto con Arago y otros, la redacción de su *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente* y la frecuentación de los salones de la buena sociedad.

caines, pp. 303-306. Ottmar Ette señala a propósito de Humboldt que “no poseemos ningún cuadro, ningún grabado que nos muestre su mesa de trabajo, el lugar de su escritura en París”, “La mise en scene de la table de travail: poétologie et épistémologie immanentes chez Guillaume-Thomas Raynal et Alexander von Humboldt”, en Peter Wagner, ed., *Icons-Texts-Iconotexts. Essays on exphrasis and intermediality*, Berlín-Nueva York, Walter de Gruyter, 1996 [trad. al español en *Cuadernos Americanos*, núm. 46, julio agosto de 1994, pp. 29-68, p. 57]

¹⁷ Carta a Pictet del 3 de enero de 1806, a la que agrega sus “Confesiones”, en *Lettres américaines*, p. 243

¹⁸ En *Correspondances reçues para J.-B. Biot et par son épouse, Gabrielle Brisson*, Bibliothèque de l’Institut de France, manuscritos bajo la referencia 4896

¹⁹ *Ibid*

De repente le llega, en otoño de 1826, la carta de Federico Guillermo III, que lo invita a volver definitivamente a Berlín. “Debe usted tener ya listo su trabajo, que usted creía poder elaborar sólo en París. Yo no puedo ya darle más licencia para permanecer en un país que debe ser odioso para todo buen prusiano. Espero por eso que usted esté de regreso pronto en su patria”.²⁰ ¿Qué se puede leer entre líneas? Si usted decide quedarse en París, será un traidor a su patria. En las condiciones actuales, los prusianos ya no pueden entender que usted no odie a Francia.

El 12 de mayo de 1827 Humboldt se instala pues en Berlín. El rey le permite continuar sus trabajos científicos, y le autoriza largas permanencias en París, confiándole misiones diplomáticas. Después de esta fecha, en ocasión de sus viajes a la capital francesa, Humboldt no deja de volver a los salones de la buena sociedad. A pesar de sus ocupaciones científicas o diplomáticas, no falta a las obligaciones mundanas. Desde septiembre de 1842 al 19 de febrero de 1843, por ejemplo, encargado de una sexta misión diplomática, está muy atento a la próxima aparición en francés de la reseña de su viaje a Asia Central. El 8 de febrero de 1843 envía una carta a Alfred Maury, miembro y bibliotecario adjunto del Instituto, para preguntarle lo que piensa de sus primeras páginas, pues desea enviar al impresor las pruebas corregidas a más tardar el 12 de febrero: “Es por las cosas y el movimiento de estilo que escribo mejor. Estoy interesado en ello porque muchas personas no leen más que la introducción”. Pero termina con estas palabras: “Estoy penosamente agitado entre los bailes, la Cámara de Diputados y mi copia”.²¹

Hábilmente sabe, por otra parte, elevar la cortesía hasta la adulación, si es necesario. En 1840, enviado por Federico Guillermo IV a París, donde va a permanecer unos meses para intercambiar información sobre la situación de Francia, contacta enseguida a Guizot, ahora ministro de Asuntos Extranjeros de Luis Felipe: “Llegando directamente de Potsdam, donde su nombre es siempre pronunciado con la mayor admiración, no veo la hora de encontrar-

²⁰ *Memorien Alexander von Humboldts*, Leipzig, Verlag von Ernst Schäfer, 1861, 2 vols., vol. I, p. 371. En realidad estas “memorias” no lo son realmente: se trata de una descripción de la vida de Humboldt, nutrida de citas extraídas de sus trabajos, de diversos libros y de cartas. Parece que el autor de esta compilación es Julius Löwenberg.

²¹ En *Papiers d Alfred Maury*, Bibliothèque de l’Institut de France, manuscritos bajo la referencia VIII (2654).

lo”, le escribe, “en una capital que tiene una atracción intelectual que descansa, para mí, en los recuerdos de su antigua amistad”.²²

Estas misiones diplomáticas bajo la Monarquía de Julio le estaban facilitadas por las relaciones que había entablado tiempo atrás en París. Por una parte, tenía la suerte de ser, desde hacía mucho, un conocido de Guizot, jefe oficioso del gobierno desde 1847, luego oficialmente primer ministro. Por otra parte, conocía bien a la familia Orleans. Fue el principal intermediario en el casamiento, en mayo de 1837, del hijo mayor de Luis Felipe, el duque Fernando, con la duquesa Helena de Mecklemburg-Schwerin. En contra de los medios conservadores prusianos, que preferían dirigirse hacia Rusia, consideró que ese casamiento era una ocasión que había que aprovechar para acercar Francia a Prusia.

Su interés por Luis Felipe puede asombrar. Pero no hay que fijarse en el final de la Monarquía de Julio, con la política conservadora en que va a hundirse. En sus comienzos, sus ministros de Instrucción Pública fueron personalidades intelectuales de renombre: Guizot, el filósofo Victor Cousin, el historiador de la literatura Abel-François Villemain. Desarrollaron éstos una política eficaz en materia de educación. Guizot, por una ley del 28 de junio de 1833, favoreció la generalización de la enseñanza primaria. Sostuvo el financiamiento público de las academias y de las sociedades científicas. En música, la reputación de París ya sobrepasa, en Europa, la de Viena. En pintura, es también un periodo de irradiación, con Jean-Dominique Ingres, Eugène Delacroix, Horace Vernet y Ary Scheffer.

En política internacional, Luis Felipe quería borrar el mal recuerdo de las empresas guerreras de Napoleón. Su finalidad era la paz en Europa. Había combatido en Valmy y en Jemmapes con el uniforme de la República y tenía fama de fiel a las ideas de 1789. Sus salones estaban abiertos a la oposición liberal. En su discurso del trono, declaró en 1845: “Espero que la política que mantuvo un mínimo de paz general en medio de tantas tormentas honrará un día la memoria de mi reinado”.

²² Esta carta de Humboldt a Guizot está simplemente fechada en 1840. Probablemente es de octubre de 1840, en Alexandre de Humboldt. *Correspondance scientifique et littéraire*, recueillie, publiée et précédée d'une notice et d'une introduction par M. de la Roquette, suivie de la biographie des correspondants de Humboldt, de notes et d'une table. Paris, E. Ducrocq, 1869. El segundo volumen de esta *Correspondance scientifique et littéraire* de Humboldt fue publicado por las ediciones L. Guérin et Cie., tomo II, p. 197.

Las ocho misiones diplomáticas que realiza Humboldt por cuenta de Federico Guillermo II, luego de Federico Guillermo IV, entre 1835 y 1847, obedecen por su parte a un deseo de paz.²³ Por cierto que sus informes, redactados en francés y no en alemán, lo cual no deja de ser gracioso, ya que provienen de un funcionario prusiano, están permeados de un estilo de circunstancias y muestras de respeto del todo acordes a un súbdito ante su rey. ¿Pero hay que concluir por esto que Humboldt exalta el sistema de la monarquía constitucional? Se conforma con repetir las conversaciones que mantiene con Luis Felipe en encuentros privados, remitiendo a su rey una imagen tranquilizadora de Francia. No vacila, visiblemente, en acomodar la realidad: la imagen que da es la de un régimen estable, digno de confianza, capaz de cortar los problemas sociales cuando se presentan. Como consecuencia, hay que sostener los esfuerzos de conciliación del gobierno francés para garantizar la paz en Europa.

En un informe del 19 de septiembre de 1835 describe cómo, por ejemplo, el pueblo es susceptible de ser amansado. La receta encontrada por Luis Felipe, que puede aparecer como una lección indirecta al rey de Prusia, consiste sencillamente en haberle dado trabajo:

El pueblo encuentra mucha ocupación en las innumerables construcciones (iglesias, revestimiento de avenidas, acueductos subterráneos) que se realizan por doquier, y que hacen en este momento muy difíciles las comunicaciones en coche. El rey emplea a sus expensas a más de quinientos obreros para las construcciones de Versalles, destinadas para un Museo Histórico, que reseñe todas las grandezas y miserias de la Francia real, revolucionaria e imperial. Tanta ocupación dada a los obreros se convierte en una garantía de tranquilidad pública por lo menos mientras 25 000 albañiles (es el número actual) encuentran trabajo.²⁴

La misma insistencia en el informe del 12 de octubre de 1835, sobre la calma que Francia tiene la dicha de gozar:

La capital y el interior de Francia siguen ofreciendo, en conjunto, el espectáculo satisfactorio de la tranquilidad, del orden y del desarrollo de una prosperidad creciente. La ciudad de París, con muchas deudas, pero 52

²³ *Alexandre de Humboldt, observateur de la France de Louis-Philippe, 1835-1867*, rapports diplomatiques inédits présentés para Jean Théodoridès, Paris, A. Pédone, 1972. Esta obra notable reúne 52 informes diplomáticos de 1835 a 1847

²⁴ *Alexandre de Humboldt, observateur*, informe del 19 de septiembre de 1835.

millones de francos de ingreso, emplea a 4 000 albañiles, las manufacturas de Lyon ya ni resienten siquiera los malestar de una revuelta popular. Siendo la prosperidad material la base del orden y de la calma que aumentan, debe señalársela como elemento político de la mayor importancia.²⁵

Sus cartas de la época a las personalidades oficiales confirman las preocupaciones de paz que deja traslucir a través de los informes que expide a Berlín. Por ejemplo, el 12 de noviembre de 1840 pide una entrevista con Guizot. Insiste en la voluntad de paz de su soberano y de la Confederación Alemana: "Las ideas de agresión le son enteramente ajenas", precisa a propósito de esta última. Conclusión: no hay ninguna razón para "romper esta unión de grandes potencias, que ha favorecido hasta ahora el equilibrio europeo", y espera que Guizot comparta su opinión.²⁶

¿Es que ha renegado de sus opiniones republicanas? Agassiz, en su discurso de 1869 en Boston, subraya que a pesar de su situación oficial en la corte de Prusia, nunca fue entusiasta de la monarquía constitucional, y que siempre fue partidario de un "gobierno del pueblo por el pueblo".²⁷ Lo confirma la correspondencia que intercambia, desde 1827 hasta su muerte, con los amigos franceses en los que tiene confianza. Se queja ante ellos del absolutismo y el oscurantismo que reinan en Prusia.

El 6 de marzo de 1830 expresa a Arago, desde Berlín, la tristeza de la situación en la que se encuentra: "Es un mal lugar el norte de Alemania para procurarse libros".²⁸ Arago, al que llama "mi hermano" es a quien confiesa francamente su incomodidad en la corte de Prusia. Le confía el 13 de agosto de 1832 que "le horroriza la política de Alemania".²⁹ El 22 de agosto de 1833, desde

²⁵ *Ibid.*, informe del 12 de octubre de 1835

²⁶ *Correspondance littéraire et scientifique*, tomo II, pp. 201-202

²⁷ Agassiz, *Revue des cours scientifiques*, p. 43. Del mismo modo "No debe olvidarse que, en el fondo de su corazón, Humboldt era republicano. Sus amigos más íntimos, desde Forster en su primera juventud, hasta Arago en su edad madura, fueron ardientes republicanos" Estas apreciaciones coinciden con algunas cartas escritas por Humboldt, cf. la carta a Boussingault del 18 de enero de 1834, en *Dossier Humboldt*, vol. II, Archives de l'Académie des Sciences, Paris: "Por caridad, que la política no lo separe de Arago. Le digo esto no porque (como en efecto sucede) yo me acerco mucho a sus ideas, sino porque sufro al saber alejadas una de otra a dos personas que son objeto de mi vivo afecto"

²⁸ *Correspondance d'Alexandre d'Humboldt avec François Arago*, publiée avec une préface et des notes par le Dr. E.-T. Hamy, membre de l'Institut et de l'Académie de Médecine, professeur au Muséum, Paris, E. Guilmoto, 1908, 2 vols., tomo I, p. 83

²⁹ *Ibid.*, tomo I, p. 109

Teplitz, en Bohemia, le indica que está obligado a trabajar “en medio de una vida tan aburridamente agitada” que no le queda más que “el consuelo de los libros”.³⁰ El 27 de diciembre de 1833 comprueba con amargura que “el siglo de las Academias se ha terminado”.³¹

¿La política francesa le da mayores satisfacciones? Ante el fracaso de la campaña para instaurar el sufragio universal, campaña en la que Arago tomó una parte considerable,³² le escribe el 6 de julio de 1840: “Cuánta razón tuviste cuando me decías que todo ese aparato ministerial terminaría de la manera más prosaica. No quiero prever nada, sino esperar. Es cruel cuando se espera desde 1798”.³³ Aún más terriblemente apenado se encuentra cuando piensa, como escribe el 13 de noviembre de 1840, “en la posibilidad de irme de este mundo enojoso viendo a Francia en guerra con Alemania”.³⁴

Tra el “malestar de las tristes luchas políticas y religiosas”, escribe el 23 de marzo de 1843 a la esposa de Pierre Laugier, sobrino nieto de Arago, “mi vida de Alemania se ha hecho cada día más agitada, *más penosa*”. Tal es la razón que da para rogarle que le prepare un encuentro con Arago en ocasión de su próximo viaje a París: “Tendría una urgente necesidad de refrescarme las ideas y sentimientos al lado de quien más querido me es en esta vida”.³⁵

El 17 de agosto de 1847 le advierte a la señora Laugier que está obligado a retrasar su salida a París hasta el 20 de septiembre. Hubiera querido corregir, antes, las primeras pruebas de su *Cosmos*. Contratiempo que lamenta: ha conocido, en efecto, “dos largos años de privaciones y de molestias políticas”, y deplora tener que posponer su entrevista con Arago, “aquel cuya presencia hace mi felicidad”.³⁶

Una de sus alegrías es ver la Revolución de 1848 propagarse por toda Europa y hasta Prusia. Explica a su amigo, el 16 de mayo de 1848, lo que vivió personalmente en Sans-Souci:

³⁰ *Ibid.*, tomo I, pp. 130-131

³¹ *Correspondance et papiers de François Arago*, Bibliothèque de l'Institut de France, París, manuscritos bajo la referencia xv (2043)

³² *Correspondance d'Alexandre d'Humboldt avec François Arago*, carta del 16 de marzo de 1840

³³ *Ibid.*, tomo I, pp. 203-204

³⁴ *Ibid.*, tomo I, p. 205.

³⁵ Bibliothèque de l'Institut de France, París, Fonds Arago, manuscritos bajo la referencia 2115

³⁶ *Ibid.*, carta 311

Mis ardientes votos por las instituciones democráticas, votos que datan desde 1789, se han cumplido, en la noche sangrienta del 18 de marzo, colocado entre dos barricadas, hombres armados que no me conocían y que no habían leído el *Cosmos* me han atacado cuatro veces, queriendo hurgar para encontrar armas. Algunos grupos hicieron destrozos rompiendo puertas. Hablé de mi cabeza blanca y el drama sentimental, enojosamente recitado, funcionó.³⁷

El fracaso de las promesas de 1848, lo hundió por un momento en el abatimiento,³⁸ luego reacciona pensando que la necesidad de respeto y de libertad de los pueblos pertenece inexorablemente al movimiento de la Historia. De Potsdam escribe el 9 de noviembre de 1849 a Arago:

El año 1849 es el año de las reacciones. Después de haber saludado el 1789, asistido a tantos dramas políticos (monarquía y república principesca), uno lamenta, a la edad de 80 años, verse reducido a esta esperanza trivial que el noble y ardiente deseo de obtener instituciones libres se sostiene en las masas, que parece adormecido en apariencia y periódicamente, pero que es eterno como la tormenta electromagnética que brilla en el sol.³⁹

Hay un episodio que muestra en qué estado se encuentra ante la reducción progresiva de las libertades públicas por las fuerzas anti-

³⁷ *Correspondance d'Alexandre d'Humboldt avec François Arago*, tomo 1, pp. 284-285.

³⁸ En 1840, Federico Guillermo IV asciende al trono de Prusia, y su política es cada vez más anti liberal. Al principio se resigna a tomar en cuenta los desórdenes revolucionarios en Berlín en 1848, luego se arrepiente y da marcha atrás. Sus opiniones eran opuestas a las de Humboldt, quien era consciente de no tener influencia en la corte de Prusia y simplemente "como un adorno de la Corona" En una *Notice sur la vie et les travaux de M le Baron A. de Humboldt*, Paris, Imprimerie de L. Martinet, 1860 (leída ante la Academia de Ciencias, en la Asamblea General del 10 de diciembre de 1859) De la Roquette subraya, en la página 43, que Humboldt no puede ser acusado de "cortesania" ante Federico Guillermo IV. En efecto, "sus opiniones liberales eran tan conocidas que se soportaban sus espirituales sarcasmos contra los abusos del poder monárquico, como provenientes de una persona que, como él mismo lo diría, era tratado en la corte como un jacobino francés"

Adolf Meyer-Abich, en *Alexander von Humboldt*, Reinbek, Reihe rororo bildmonographien, 1967 [1988] pretende en varias ocasiones que Humboldt habría sido monárquico y que, a propósito de las revoluciones de 1848, escribe en las pp. 139-140 que "en política sin duda Humboldt era un sostenedor de la monarquía constitucional de cuño conservador, con una pendiente hacia el liberalismo naciente en su época" Si Humboldt aspiraba a la unidad alemana, precisa Meyer-Abich, era "como una unión federal de monarquías alemanas soberanas" Semejante presentación de las opiniones de Humboldt está lejos de responder a las ideas que éste desarrolla en las cartas a sus amigos franceses

³⁹ *Correspondance d'Alexandre d'Humboldt avec François Arago*, tomo 1, p. 295

democráticas. El hijo de Arago, Emmanuel, había sido nombrado embajador en Berlín en junio de 1848, y hubo reticencias de parte del gobierno de Prusia ante el nombramiento de ese “revolucionario”, que es incluso acusado de “comunista”.⁴⁰ Humboldt interviene como conciliador, y todo termina arreglándose. Está muy contento por haber servido así a la paz entre los dos países. Pero después del voto del 10 de diciembre de 1849, Emmanuel Arago renuncia a su puesto. Es reemplazado, momentáneamente, por un bonapartista, el conde de Persigny. El 11 de febrero de 1850 Humboldt escribe a Arago toda su decepción: “Hoy la casa del sucesor de Emmanuel me es completamente ajena, como puedes adivinar fácilmente”. Agrega un poco después: “Separado de ti, llevo aquí una vida triste y monótona en medio de tantas aparentes agitaciones. No hay necesidad de pronunciarse sobre las causas de este disgusto y malestar moral”.⁴¹

Para huir de la melancolía, se refugia en la redacción el *Cosmos*. El 9 de julio de 1851 recomienda ante Jean-Jacques Ampère —escritor y profesor del Colegio de Francia e hijo del físico que formuló las leyes del electromagnetismo— a un joven lingüista que va a París y que ha trabajado sobre los trovadores y “se ha ocupado mucho también de la lengua vasca”. Agrega esta nota personal: “Me sostengo y trato de distraerme con el trabajo, tan malvada, mezquina y prosaica es la reacción que *reina* alrededor de nosotros y no conoce brutalmente sino el uso de la astucia y de la fuerza física, como la utopía gritona y dogmática”.

El 29 de marzo de 1854 comunica a Boussingault sus nuevas inquietudes sobre la situación de Europa, debido a las pretensiones de la Rusia zarista: “Mi salud estuvo menos bien, el trabajo nocturno, el único no interrumpido, es menos fácil. Uno se hace viejo y luego imbécil. Dios, en las esperanzas que he nutrido por 65 años, tengo poca confianza en lo que se hace ahora. ¿Las libertades públicas ganarán, cuando la arrogancia y el despotismo rusos sean localmente restringidos?”⁴³

⁴⁰ *Ibid.*, carta de Arago a Humboldt del 3 de junio de 1848, y respuesta de Humboldt del 31 de julio de 1848, tomo 1, pp. 290-291, véase también la carta de Humboldt del 4 de noviembre de 1848, tomo 1, p. 293

⁴¹ *Ibid.*, tomo 1, pp. 309-310

⁴² En *Papiers et correspondances de Jean-Jacques Ampère*, membre de l'Académie Française et de l'Académie des Inscriptions (1800-1864), manuscritos bajo la referencia 4439-4450, Bibliothèque de l'Institut de France, Paris. En la cita, las cursivas son del mismo Humboldt

⁴³ Las cartas dirigidas de 1822 a 1859 por Humboldt a Boussingault parecen haber

Humboldt permaneció en relación epistolar con sus amigos franceses hasta los últimos días de su vida, dando testimonio de una inteligencia del mundo y de una independencia de espíritu siempre vivas. Escribe de Potsdam a Boussingault el 1º de marzo de 1859: "Trabajo con ahínco en la finalización del *Cosmos*, lo que llamo el quinto volumen. Mis fuerzas musculares aumentan sólo lentamente. Es una gran molestia llegar a los noventa años; sentado en una sillón, me cuesta levantarme solo". Y como posdata le transmite esta confidencia sobre la actualidad política: "No me gusta la guerra, que me parece poco probable, sin embargo deseo vivamente la libertad de Italia".⁴⁴

Asombrosa lucidez intelectual a tan avanzada edad, ya que termina el último volumen del *Cosmos* el 19 de abril de 1859. Clarividencia política también, y extraordinariamente premonitoria: en lo que a Italia concierne, se coloca, como pudo verse, del lado de los partidarios de la unidad italiana contra Austria. En Italia era la época de una movilización de las fuerzas nacionales por una unificación del país, y Humboldt comprendió que Cavour, presidente del Consejo del Piamonte desde 1852, no llegaría a formar esa unidad sino provocando la guerra contra Austria. Y eso es precisamente lo que pasa un mes y medio después, siendo Francia arrasada a esa guerra como consecuencia de la alianza defensiva firmada entre Napoleón III y Cavour el 26 de julio de 1858.

Por medio de sus relaciones con la comunidad científica de París y de cartas a sus amigos franceses, Humboldt aparece pues como un hombre marcado a la vez por la sed de conocimientos enciclopédicos, que fue la del Siglo de las Luces, y por las ideas democráticas de la Revolución Francesa. Al mismo tiempo que aparecían los ideales en favor de un nuevo orden social en el mundo, numerosos científicos de vanguardia, al ritmo de los tiempos, sintieron la necesidad de liberar la ciencia de toda creencia y de prestar una atención racional al desciframiento real de los fenómenos reales de la naturaleza. Humboldt fue formado por ese racionalismo y ese enciclopedismo, del mismo modo que todos los científicos franceses de comienzos del siglo XIX.

Sin duda, no quedó anclado en las concepciones científicas del siglo XVIII. Contribuyó efectivamente al progreso de las cien-

permanecido inéditas. Se encuentran, copiadas y dactilografiadas, en el *Dossier Humboldt*, vol. II, Archives de l'Académie des Sciences, París

⁴⁴ *Ibid*

cias, a sacarlas del siglo XVIII. Inventa la climatología, afina y desarrolla la cartografía, inaugura el uso de estadísticas. Sus observaciones son apoyadas por todo un aparato técnico. El saber que aporta de sus viajes está fundado en una ruptura con los métodos de análisis del siglo XVIII: la información no está simplemente sacada de un descubrimiento exterior y de una mirada eurocentrista, ya no se nutre de conocimientos extraídos exclusivamente de las bibliotecas europeas, sino que es trabajada a partir de las investigaciones en el lugar, en los archivos locales.

in embargo, Humboldt mantiene viva en el fondo de sí mismo, en pleno siglo XIX y hasta su muerte,⁴⁵ la herencia filosófica de su juventud a partir del momento en que descubre la Francia revolucionaria de 1789, mientras que todo a su alrededor contribuye a aniquilarla. Resiste, aunque sólo sea interiormente, al negarse a enajenar su independencia, a las victorias conservadoras en Europa. Las ciencias pueden especializarse cada vez más, sin embargo él prosigue con obstinación la búsqueda de una totalidad del saber y la generalización de los conocimientos entre los no especialistas: hay que notar que después de 1827, en Berlín, es el primero en dictar conferencias científicas que son abiertas a todo el público.⁴⁶

Desde 1806 responde al reproche que se le hace de “ocuparse de demasiadas cosas a la vez, de botánica, de astronomía, de anatomía comparada”, diciendo que obedece al “deseo de saber, de abarcar todo lo que lo rodea”, y tratando de comprender con exactitud “la relación de todos los fenómenos” que constituyen orgánicamente la unidad de la “naturaleza”. En 1853 su apología de la ciencia, con un punto de vista deliberadamente humanista, descansa sobre las mismas bases en la introducción a las obras de Arago, que le fue solicitada por la familia de su amigo recientemente fallecido. Se proyecta en él como si fuera su doble. Pone en primer plano el “cuidado crítico” aportado por Arago, “en la búsqueda de los hechos, la imparcialidad de los juicios, la lucidez de las exposiciones científicas”, y lo define como un “defensor celo-

⁴⁵ Véase la introducción de las *Oeuvres* de Arago que Humboldt redacta en francés en 1853, a pedido de la familia del científico francés recientemente fallecido. Define a Arago como “el defensor celoso de los intereses de la Razón”

⁴⁶ Cf. A. Bernstein, *Alexander von Humboldt und der Geist zweier Jahrhunderte*, Berlín, A. Charisius Verlag, 1869, p. 40 “Dio un paso hasta entonces inaudito en Alemania, el de dar conferencias públicas a un público mixto, de sacar el conocimiento de las cátedras y presentar todos los frutos de su espíritu a un público de legos, que se hallaba separado de los estudiosos por una amplia brecha”

so de los intereses de la razón". Concluye con las cualidades humanas de Arago, cualidades que, en el fondo, no remiten sino a sus propias ideas: "Su nombre será honrado en todo lugar donde se conserven el respeto por los servicios hechos a las ciencias, el sentimiento de la dignidad del hombre y la independencia del pensamiento, el amor a las libertades públicas".

Lo que Francia representa para él es precisamente la posibilidad de unir el humanismo y la ciencia. Sobre todo de superar, gracias a la ciencia, las rivalidades entre Estados. De pasar por encima de las rivalidades patrioterías y las guerras. Ya sea bajo el reinado de Napoleón, de Luis Felipe o de Napoleón III, Humboldt fue reconocido como miembro eminente de la comunidad científica y, con gran asombro suyo, exactamente como si fuera francés. Es comprensible que haya podido creer que, por su carácter de científico universal, no fuera ya en Francia un "caballero prusiano", es decir, potencialmente un espía de Prusia, sino que había conquistado el derecho de ser un ciudadano del mundo, y *a fortiori* un ciudadano francés.

Todas las esperanzas, es cierto, le fueron dadas en el curso de su vida. Hablaba y escribía como un francés, sus mejores amigos eran franceses. Lo esencial de su obra fue realizado en Francia y en francés. Para retomar la opinión del historiador y político Adolphe Thiers expresada a propósito de él en 1857, los franceses tenían "la vanidad de considerar como francés" tanto como alemán a e e "científico ilustre".⁴⁷ Chateaubriand reseñó el *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* en estos términos: "El saber del barón de Humboldt es prodigioso; pero quizás lo más asombroso aún es el talento con el cual el autor escribe en una lengua que no es la suya materna. Pinta con una verdad llamativa las escenas de la naturaleza americana".⁴⁸

A su muerte la Sociedad Botánica de Francia rindió homenaje a su memoria en la sesión del 13 de mayo de 1859, y el secretario de esa sociedad, Schoenfeld, declaró en su discurso:

Es en París y en lengua francesa que sus obras más importantes fueron publicadas; era amigo íntimo de los más ilustres científicos franceses de su época. También amaba Francia casi tanto como su país natal. Y por otra

⁴⁷ Carta de Thiers a Humboldt del 14 de mayo de 1857, donde le recomienda a Duvergier de Hauranne, que visita Alemania con su hijo, en Humboldt. *Correspondance scientifique et littéraire*, tomo II, p. 267

⁴⁸ Artículo reimpreso en *Mélanges littéraires*, París, Garnier, 1861

parte ¿no era uno de esos raros genios que se elevan tan alto en la admiración de todos los pueblos que su nacionalidad se borra ante el brillo de su renombre? Puede decirse de hombres semejantes que no tienen patria. No pertenecen sino a la ciencia, y la ciencia no conoce fronteras.⁴⁹

De su lado, el gobierno de Napoleón III reaccionó celebrando los méritos de Humboldt y considerando que pertenecían a la nación francesa. Como recuerda el autor del prefacio a su *Correspondencia científica y literaria* en 1869, desde que llegó a París el anuncio de su deceso, “el emperador ordenó que se erigiera una estatua en Versalles, en esa galería consagrada a las celebridades francesas, en honor de ese patriarca de los eruditos de ambos mundos que merecía por muchos méritos ser considerado francés”.⁵⁰

Pero este reconocimiento de Humboldt como un gran científico francés ¿no era una ilusión? Es lícito preguntarse si no pertenece a fin de cuentas a las leyes de la naturaleza que, contrariamente a la creencia de los filósofos del siglo XVIII en una perfectibilidad infinita del hombre, sobreviene siempre una mala política para sacrificar las mejores intenciones. Una calle de París había sido dada a Humboldt: fue renombrada en 1914, inmediatamente después de la declaración de guerra. En París, Humboldt ya no tiene más que una placa conmemorativa en el muro de un inmueble, el 3 de Quai Malaquais. Esa placa,⁵¹ colocada tras una decisión del prefecto del 4 de septiembre de 1990, recuerda que habitó otrora ahí, de 1813 a 1816 ¿quién? o *Alexandre de Humboldt*, como siempre fue llamado en la época en que presentaba sus comunicaciones científicas ante sus pares, sino *Alexander von Humboldt*. Contra la universalidad de la ciencia y el ciudadano del mundo, el origen de su nacimiento reencontró su primacía. París ya no ofrece, desgraciadamente, más que un nombre y uno solo llamado a grabarse en la memoria de los paseantes: el del barón prusiano.

Traducción del francés por Hernán G. H. Taboada

⁴⁹ Folleto publicado por la Société Botanique de France, p. 4, conservado en el *Dossier Humboldt*, vol. 1

⁵⁰ Prefacio de De la Roquette a la *Correspondance scientifique et littéraire de Humboldt*, tomo 1, p. xxx, la realización de la estatua en cuestión fue confiada al escultor Dumont, miembro del Instituto

⁵¹ La resolución del prefecto n.º 90-504 autoriza al embajador de la República Federal Alemana hacer fijar esta placa. Ésta señala que Humboldt, “Naturalista, explorador, humanista” y “miembro del Instituto” “vivió en París de 1804 a 1827”, pero sin precisar el periodo en el cual habitó el inmueble en cuestión